

CAPÍTULO XII. *Que prosigue la materia de los sacrificios antiguos en los cuales se sacrificaban hombres a los demonios*



IONISIO HALICARNASEO ES TESTIGO de estos inhumanos actos y crueles inmolaciones y ofrendas; el cual en su primer libro (como peritísimo varón de las antigüedades italianas) dice, que porque no le ofrecieron a Júpiter y Apolo la décima de los hombres sucedió grande esterilidad; y que en los árboles no maduraban los frutos, sino que se caían sin llegar a sazón; las espigas de los panes no granaban y la yerba para los pastos de los ganados no crecía y en naciendo se secaba. Las fuentes, en el verano, no manaban, y de otras no se podían beber sus aguas o por amargar o por otra causa que sobrevenía. Las mujeres preñadas o movían o si parían de parto natural, nacían las criaturas lisiadas o las parteras las sacaban hechas pedazos. Los hombres y las mujeres y toda la otra multitud cada día enfermaba, y muchos de ellos morían como tocados de enfermedad contagiosa y pestilencia mortal; y por esto dicho eran todos muy vejados y afligidos. Viéndose en tanta aflicción y trabajo preguntaron a los oráculos, ¿que qué pecados habían cometido para merecer por ellos tan grave y riguroso castigo? Y también, ¿qué debían hacer para aplacar la ira divina y verse libres de aquella tan intolerable calamidad? Fueles respondido que todo aquello que padecían era en pena de no haber cumplido el voto que habían hecho, habiendo recibido de los dioses lo que por su petición habían pedido, y que de muy mayores cosas eran deudores, las cuales, si las pagasen, serían libres de aquella pena y restituidos a su antigua felicidad y holganza, cesando todos aquellos males. El origen de esta respuesta tiene su principio y fundamento en esto: que como los pelagios pueblos de Tesalia o Asia y los aborígenes, primeros moradores de las tierras de Italia, hubiesen poblado en ella y por razón de su esterilidad no diese frutos, hicieron voto a Júpiter y Apolo, que si la fertilizasen, haciéndole dar los frutos necesarios para la sustentación de la vida, les ofrecerían en sacrificio la décima parte de todo lo que naciese. Hecho este voto cesó la pestilencia de los árboles, y toda aquella esterilidad y penuria se convirtió en mucha fertilidad y abundancia de frutas y panes.

Viendo cumplido el voto por parte de los dioses, comenzaron a pagarlo ellos con las décimas de todas las cosas que de la tierra les nacían. Pero no acabaron de satisfacerse de la respuesta del oráculo y con la duda que les causó quedaron todos en grande y profunda perplejidad. Pero un hombre anciano, de los de aquella república, saliendo de el parecer ordinario y común del pueblo (que cuando consta de multitud, todo es behetría), dijo haberse cumplido el voto de todas las cosas que de plantas y yerbas nacían; pero que de la décima de hombres (la cual más los dioses estimaban) no se había cumplido ni satisfecho; por lo cual, sed ciertos (les dijo) que siempre padeceremos esta calamidad y ruina si también (como de las otras cosas) las primicias y diezmos de los hombres no sacrificamos. Este dicho

del viejo algunos lo loaron y aprobaron, pero otros dijeron, que era inicuo y lleno de crueldad. Finalmente, volvieron a consultar sobre ello, y de común acuerdo concertaron que fuesen otra vez los oráculos consultados y que se les preguntase, si placía a los dioses que se les ofreciesen en sacrificio las décimas de los hombres, así como también se les ofrecían las de los frutos de la tierra.

Pero de aquí nació entre los principales de las ciudades y multitud y canalla de el pueblo una muy grande sedición, turbación y alboroto, sospechando, la gente común, no fuese ésta alguna maldad inventada por los de el gobierno para apocar y disminuir la gente. De donde se comenzó a desamparar la tierra, huyendo unos de otros y teniendo cada cual al otro por sospechoso; lo cual fue causa de que muchas ciudades se despoblasesen y quedasen como asoladas por la fuga y huida de sus moradores; siguiendo los padres a los hijos que huían, los hermanos a sus hermanos, deudos a deudos y los mezclados por afinidad a los que reconocían por participantes de su sangre y en grado parientes; y esto fue en tanto extremo (dice Dionisio) que de las gentes que de Italia huyeron se hinchó la Grecia y la Barbaria (que es provincia cercana a Grecia) por lo cual no pocos años fue vejada y afligida Italia.

Temiendo, pues, los que gobernaban los pueblos los escándalos y rumores de las gentes, y queriendo juntamente satisfacer a la religión de los dioses, a los cuales pensaban que de derecho todo les era debido; ordenaron (como por medio de paz) que de los mancebos que llegaban a edad de adolescencia se escogiesen algunos y los sacrificasen por primicias. Y dice más abajo Dionisio, que afirman los que de esto tenían más larga noticia y experiencia, haberse hecho este sacrificio a Saturno, en los tiempos antiguos, de la misma manera que los cartagineses los usaban en su provincia, antes que su ciudad se destruyese. Los celtas (que son los franceses comarcanos de España) y las gentes más occidentales, hacían sus sacrificios de hombres ofreciéndolos a los demonios.

CAPÍTULO XIII. Donde se prosigue la materia de los sacrificios, y se prueba su antigüedad y general uso entre los gentiles, y no ser contra la ley natural ofrecer a Dios los hijos en sacrificio, siendo por él pedidos



USEBIO (prosiguiendo la materia de el sacrificio de hombres, tan usado en todo el mundo) en el libro arriba citado, en el capítulo séptimo,¹ dice estas palabras: Diodoro en el vigésimo volumen de su historia, escribió cosas semejantes a las dichas, en los capítulos pasados, a los cartagineses y a Agatocles, tirano de Sicilia, después de la muerte de Alejandro Magno, en tiempo de el primer Tolomeo, por estas palabras: Decían

¹ Euseb. lib. 4. cap. 7. de Præp. Evang. circa fin.